

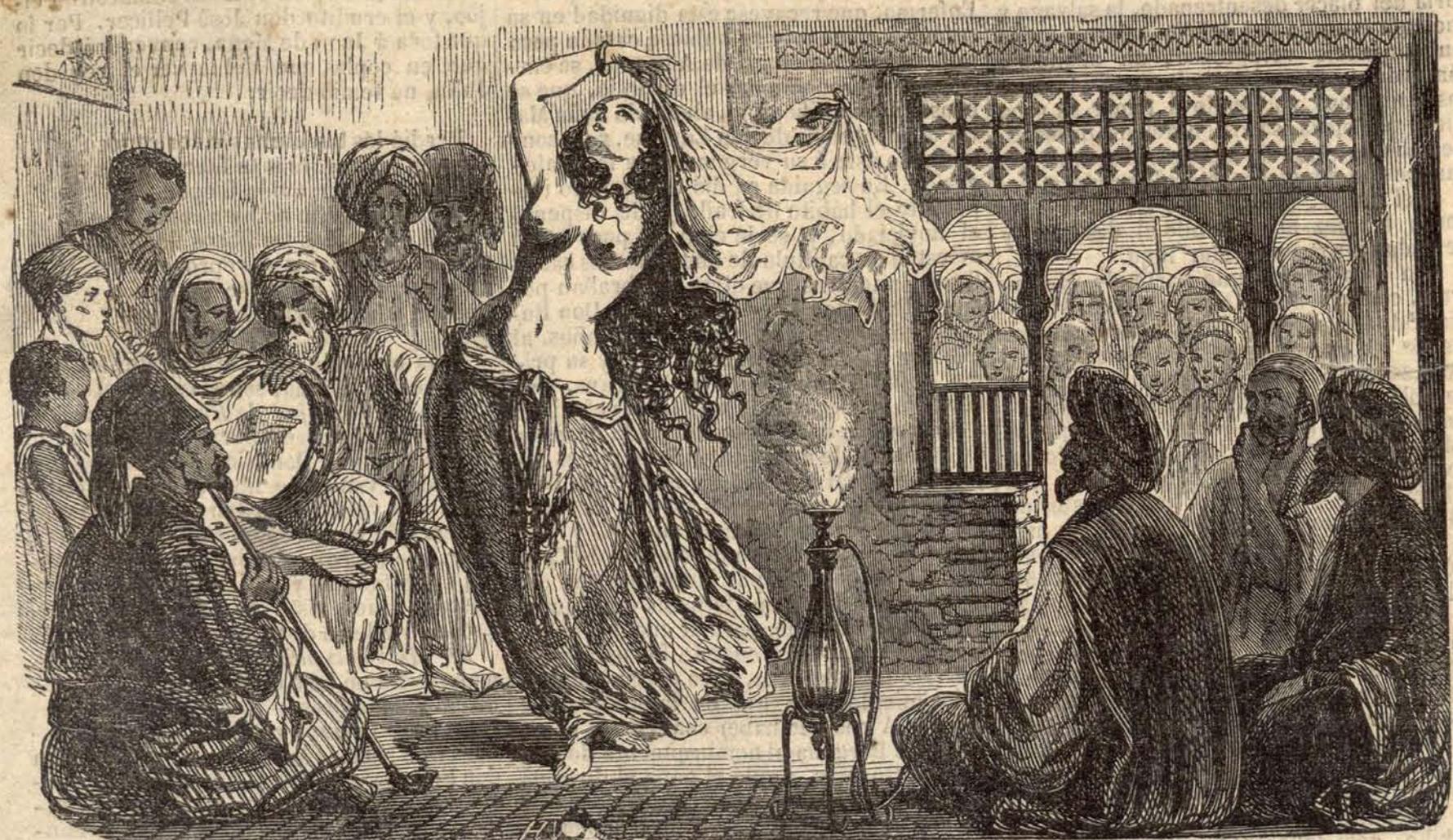
Prop.

E. Ferrero.

R
191681

ALBUM PINTOresco

DE LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA.



Abyssinia.—El baile de la Abeja en Egipto.

ABYSINIA.

Entre los países del Africa, hay uno que así por la fertilidad de su suelo y la variedad de sus producciones, como por el carácter, las costumbres y la religion de sus habitantes, ha llamado particularmente la atención de los viajeros; la Abysinia convertida al cristianismo desde principios del siglo IV, pero aislada en sus montañas desde que los árabes conquistaron el Egipto, no ha participado, como las demás naciones cristianas, de los progresos de la civilización. Desde la época de su aislamiento no han variado sus instituciones políticas y sociales, siendo aun en el día lo que eran las de la Francia antes que la sociedad feudal se constituyera definitivamente.

Dos capitanes franceses de estado mayor, MM. Ferret y Galinier llevaron adelante Abril 4 de 1852.

lante sus arriesgadas exploraciones en el reino de Tigré ó sea en las provincias septentrionales de la Abysinia, y de vuelta en Francia publicaron el resultado de sus trabajos y el relato de su larga peregrinacion. La sociedad de geografia premió sus importantísimos trabajos, que sometidos al exámen de la Academia de Ciencias, les valieron á los dos intrépidos viajeros los mayores y mas bien merecidos elogios. Vamos á dar á nuestros lectores una idea aunque sucinta de esta grande é interesante obra.

MM. Ferret y Galinier se embarcaron en Marsella, en un vapor que les condujo á Alejandria en Egipto, y desde allí empieza su relato. Preséntannos la situacion actual del Egipto y los esfuerzos que hizo Mohamed-Alí para regenerar su pueblo sumido por espacio de muchos siglos en la mas espantosa barbarie. Pasando en seguida á los usos y las costumbres de los egipcios, describen la costumbre de las mugeres musulmanas, y á propósito de las mugeres, dan

algunos interesantes pormenores acerca de las almeas.

«Las que vimos nosotros, dicen, eran jóvenes y bonitas. Su música se componia simplemente de un tarabouk y de un tambor con adornos; agregándose á esta mediana armonia el ruido de las castañuelas de metal que llevaban en las manos y con las que se acompañaban con suma gracia. Su traje, rico y salpicado de colores brillantes, apenas se diferenciaba del de las mugeres del harem. En cuanto á sus bailes, preciso es decir que harian sonrojar hasta el europeo mas descarado; así es que todo el que se tiene por algo en Oriente califica el baile como un arte vergonzoso, y se creeria deshonrado cultivándole. El baile escénico titulado *la Peri*, ha querido dar en Europa una idea del famoso paso de la abeja; pero la general vergüenza no hubiera permitido á ninguna clase de público el soportar aun á sus mismas bailarinas los licenciosos movimientos y descompasadas actitudes de las bailarinas

del Oriente. Asi que las almeas del Cairo empiezan á ejecutar el paso de la abeja, la música adquiere un atractivo nuevo y prodigioso. Las almeas cantan ellas mismas para animarse estas palabras que repiten sin cesar: «El nahl yao, el nahl yao.—¡He aquí la abeja! ¡he aquí la abeja!» El insecto revolotea y zumba, á lo menos debe suponerse, alrededor de las aterradas bailarinas. ¿Dónde está? Aquí, allí, á la derecha, á la izquierda, y al mismo tiempo está en todas partes. La almea trata de cogerle, pero se escapa y vuelve al momento; persiguenle y al fin va á refugiarse entre los pliegues del vestido. Entonces es mayor el espanto; la bailarina sacude sus sayas; impaciente y desesperada empieza quitándose el manto, luego el cinturón, despues el vestido y el pantalon, todo en fin menos la camisa. Poco á poco va recorriendo la calma, y ya no manifiesta la furia del placer desenfundado, la salvaje y violenta energía del delirio amoroso, sino un cansancio voluptuoso, un abandono lánguido y enervado, mas penetrante aun; las bailarinas volviendo á tomar su ropa pieza por pieza, se visten delante de los espectadores, que no siempre observan con sangre fria aquel espectáculo provocativo.

Del Cairo, MM. Ferret y Galinier pasaron á Suez atravesando el desierto, y se embarcaron en el Mar Rojo.

Un solo camino que parte de Messawah, conduce desde el mar Rojo á Abyssinia. Situada cerca de la costa africana, por los 45° 36' de latitud septentrional, la isla de Messawah, en su mayor estension, tiene solo mil metros de longitud. Está formada por un banco de coral que apenas sobresa del nivel de las aguas, en donde no se ven manantiales, ni árboles, ni una sola mata de yerba. Es el lugar mas estéril de la tierra, y uno tambien de los mas cálidos. En el mes de noviembre el termómetro centígrado marca á la sombra 35°, y llega hasta 50° en el mes de julio. Jamás el hombre hubiera pensado establecerse en aquella devastada isla, si á la caprichosa naturaleza no le hubiera agradado formar allí uno de los puertos mas seguros del Mar Rojo.

Por lo demas, nuestros dos viajeros no permanecieron allí mucho tiempo, pues apenas llegaron á Messawah, trasladáronse al continente para visitar al naib de Arkiko, jefe de las tribus nómadas que se estienden entre la orilla del mar y las montañas de Abyssinia.

(Se continuará.)

EL MARQUÉS DE VILLENA.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Don Enrique de Aragon, mas conocido por su titulo de marqués de Villena, á pesar de que nunca poseyó este marquesado, nació el año de 1384, fué hijo de don Pedro, nieto del primer condestable de Castilla don Alfonso, biznieto del infante de Aragón don Pedro, y tercer nieto del rey don Jaime II. Su madre fué doña Juana, hija bastarda de Enrique II de Castilla y de doña Elvira Iñiguez. Muerto don Pedro en la batalla de Aljubarrota, dada en 1385, quedó huérfano en la cuna don Enrique al cuidado de su abuelo don Alfonso, y creciendo con los años su despejo, su sagacidad y su afición á las letras, se dió desde temprano al estudio, y logró en breve fa-

miliarizarse con la poesía, la historia, las matemáticas, la física y la astrología. La época de principios del siglo XV era demasiado bárbara, para que no se apresurase el pueblo á infamar tantos conocimientos, y para que la nobleza, ocupada en combatir en los campos y en intrigar en los palacios, no procurase desacreditar al que los poseía. Asi el vulgo estúpido y grosero acusaba de nigromancia al sábio nieto de sus reyes; los grandes le hacian sufrir humillaciones sin número; el rey don Juan el II ó sus tutores le rehusaban indemnizaciones, que apenas se habrian atrevido á rehusar á los vasallos mas oscuros; y el capitulo de la orden de Calatrava por un lado, y el papa por otro, le hacian apurar el cáliz de la amargura. Veinte años tenia don Enrique, cuando habiendo vacado el maestrazgo de Calatrava por muerte de don Gonzalo Nuñez de Guzman, quiso el rey don Enrique, el Enfermo, que recayese esta dignidad en su primo; y como éste se hubiese casado poco antes con doña Maria de Albornoz, se empezó por proporcionar el divorcio, que se consiguió sin dificultad, alegando doña Maria la impotencia de don Enrique, y no contestando éste á su vergonzosa y falsa alegación. En seguida se dió al supuesto impotente el hábito de fraile, se le dispensó el noviciado, y se le eligió á poco gran maestre en capitulo de unos cuantos caballeros, mientras que otros nombraban por su parte á don Luis de Guzman. Don Enrique conservó el maestrazgo tres años, al cabo de los cuales, muerto el rey su primo, se juntó un capitulo en Calatrava, y se revalidó la eleccion de don Luis, refugiado á Aragon, la cual fué confirmada despues de seis años de un pleito ruidoso, por el capitulo general del Cister reunido en Borgoña. De esta manera se vió don Enrique sin el maestrazgo, sin su muger, y por colmo de desgracia, sin el condado de Cangas de Tineo, que por indemnizacion del marquesado de Villena le habia dado antes el rey don Enrique; pero al cual se le habia hecho renunciar cuando fué nombrado maestre de Calatrava, para evitar que á su fallecimiento recayese en la orden aquel señorío. A poco de haber confirmado el capitulo de Borgoña el nombramiento de don Luis de Guzman, anuló el papa el divorcio de don Enrique, que se volvió á unir con su esposa doña Maria, en cuya compañía vivió cerca de veinte años, al cabo de los cuales murió de gota en Madrid, en 15 de diciembre de 1434, á los cincuenta años de su edad. La muerte de este principe no puso fin á las calumnias de que habia sido blanco durante su vida, y sus enemigos, que continuaron acusándole de hechicero, llevaron el encono hasta hacer que se examinase su biblioteca, y que, segun Zurita, era una de las mas famosas que habia en España, y se estimaba por un tesoro riquísimo. El rey don Juan el II mandó á don fray Lope de Barrientos, obispo de Segovia, practicar el reconocimiento de los libros del marqués de Villena, y en vista del dictámen del prelado ordenó que se quemasen, como se verificó: repitiéndose asi en el siglo XV por un protector de los sábios el ejemplo dado algun tiempo antes por un musulman feroz en Alejandria. De qué modo se verificó este acto de barbarie nos lo dice el bachiller Fernan Perez de Ciudad-Real, médico del rey, y testigo de los sucesos por estas palabras: «dos carretas son cargadas de los libros que dejó y al rey le han traído: e porque diz que son mágicos e de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados. E fray Lo-

pe, que mas se cura de andar del príncipe «que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, que no los vió «el mas que el rey de Marruecos, ni mas «los entiende que el dean de Ciudad-Rodrigo; que son muchos los que en este «tiempo se fan dotos, haciendo á otros insipientes y magos, e peor es que se fazan «beatos haciendo á otros nigromantes.... «Muchos otros libros de valia quedaron á «fray Lope, que no serán quemados ni tor-nados, etc.»

Este irrecusable testimonio vindica completamente al marqués de Villena de las ridiculas acusaciones de magia, con que tantos autores ignorantes han pretendido mancillar su memoria. Juan de Mena y el marqués de Santillana, tambien contemporáneos de don Enrique, le vindicaron igualmente. Dos siglos despues lo hizo don Nicolás Antonio, y en el XVIII el maestro Feijóo, y el erudito don José Pellicer. Por lo que toca á Juan de Mena, convendrá decir que en coplas que debia ver el rey don Juan, no temió decir:

Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exequias te fueron ya luego,
Unos metidos al ávido fuego,
Y otros sin orden no bien repartidos.
Ciertos en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con ceremonia mayor se quemaron
Quando al senado le fueron leídos

Las obras de don Enrique de Aragon, marqués de Villena, son las siguientes:

1.^a *Los trabajos de Hércules*. (Burgos, en casa de Juan de Burgos, 8 de agosto de 1499, folio.) Don Nicolás Antonio, que no habia visto este libro, le creia compuesto en verso; pero don Francisco Perez Bayer, que poseia la edicion que acabo de citar, asegura que estaba en prosa. El mismo sabio filólogo y anticuario cita el manuscrito que existe en la biblioteca del Escorial de letra de principios del siglo XV.

2.^a *De rebus philosophicis et moralibus*, manuscrito en folio de la biblioteca del conde de Villumbrosa.

3.^a *De la gaya ciencia, ó arte de trovar*. Don Nicolás Antonio pretendia contra don Francisco Quevedo que por *gaya ciencia* debia entenderse la retórica, y se fundaba en un pasaje de la historia de Langüedoc de Guillermo Casel; pero las descripciones que de los certámenes públicos de *gaya ciencia* leemos en varios escritos antiguos, no dejan duda de que esta denominacion se aplicaba particularmente á la poesía. De la *gaya ciencia y del arte de trovar* yo hago solo una obra, aunque algunos criticos han hablado de ella como si fuesen dos. Pero en la *Aganipe* del doctor Andrés está decidida esta cuestion, pues leemos:

Y de gaya la ciencia
Escribió su elocuencia,
Mostrando la erudita
Copia de sus noticias y primores,
Donde cifró las flores
En un sutil tratado,
Del arte de trovar intitulado.

4.^a *Del arte de cortar del cuchillo, ó sea, Tratado del arte de trinchar*, compuesto en Torralba, lugar del señorío de su muger, que existe manuscrito en la biblioteca del Escorial.

Pero lo que mas gloria dió al marqués de Villena como literato fue:

5.^a La traduccion que hizo de la *Eneida* de Virgilio, por complacer al infante don Juan, rey de Navarra, que habiendo visto

que en la Comedia del Dante se alababa mucho la Eneida, y no entendiéndola en latin, ni hallándola traducida, ni encontrando quien la tradujese, dió este encargo á su pariente don Enrique. De esta antiquísima version no quedan mas que los seis libros primeros, contenidos en un códice que de la biblioteca de la santa iglesia de Sevilla hizo llevar á la Real de Madrid don Tomás Antonio Sanchez. En la misma Real de Madrid habia ya antes otro códice, que contenia los tres primeros libros, y es el mismo de que habla Perez Bayer en sus notas á la *Biblioteca antigua* de don Nicolás Antonio, y Pellicer en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*. En esta obra dice Pellicer hablando del tal códice: «en la primera hoja, despues de una breve advertencia se lee este titulo: *Traslado del latin en romance castellano de la Eneida de Virgilio*, la cual romanzó don Enrique de Villena, etc.; siguese la dedicatoria, y á esta un proemio de mas de catorce hojas... siguese inmediatamente la traduccion, la cual, como todo lo antecedente, se ilustra con copiosas notas marginales, que allí se intitulan glosas... la traduccion es en prosa, y las perpétuas notas marginales son geográficas, históricas, mitológicas y alegóricas, donde mostró el autor la profunda noticia que alcanzaba de las buenas letras... sigue en la traduccion el órden que Virgilio en la division de libros; pero subdividió cada libro en diferentes capítulos, poniendo á cada uno su respectivo epigrafe, para que no se fastidiasen los lectores con un discurso prolíjo y sin pausa.» Don Enrique de Aragon gastó un año y doce dias en hacer su importante version, una de las primeras que vió la Europa apenas rayaron los albores de la civilizacion, y la mejor que era posible hacer en un tiempo, en que la lengua castellana no sabia ocultar su deformidad y su groseria, sino arrebujándose en los retazos del latin que habia respetado la polilla de los siglos medios. A pesar de esto hay en la tal version trozos que aun hoy no parecen malos, y que fuera del neologismo de la época, tendrian poco que retocar. He aqui el principio de una obra, que no estando impresa, no sentirán mis lectores conocer en parte. «Yo Virgilio en versos cuento los fechos de armas y las virtudes de aquel varon, que partido de la troyana region y ciudad, fuidizo vino primero por fatal influencia á las de Italia partes, á los puertos, si quier riveras ó fines del reino de Lavinia: por muchas tierras y mares aquel trabajado, si quier traido afanosamente por la fuerza de los dioses, mayormente por la recondita de la cruel Juno; el cual pasó muchos peligros y padeció muchas afrentas en batallas, en tanto que se disponia la edificacion de la romana ciudad, y se introducía la religion de los dioses en Italia, de cuya generacion descendió el linage latino, y los padres albanos, y los fundadores de los altos muros de Troya.»

6.^a *Traduccion en prosa de la Comedia del Dante*. Nadie ha visto ejemplar alguno manuscrito ni impreso de esta version, que el autor dice que *fizo á preces de Inigo Lopez de Mendoza*.

7.^a *La retórica de Tulio, nueva para los que en vulgar la querian aprender*: tambien se signora el paradero de esta obra, asi como el de otras obras menores, de epistolas, é arengas, é proposiciones é principios en la lengua latina, que el mismo marqués aseguraba haber escrito. No debo acabar este artículo sin hacer mencion de la comedia que compuso don Enrique en Zaragoza, representada cuando pa-

só á Aragon en 1442, acompañando á su tio el infante de Antequera, don Fernando, que fué electo rey en Caspe. Aquella comedia, ó sea diálogo alegórico, pues esta es la calificacion que se puede dar á la composicion, en vista de las noticias que de ella nos quedan, fué ciertamente uno de los primeros ensayos que en España se hicieron del arte dramático, que á pesar del ardor con que despues se empezó á cultivar se mantuvo todavia informe y desaliñada por espacio de cerca de dos siglos, hasta que el ingenio de Lope de Vega la elevó de repente y casi sin trasicion á una altura prodigiosa é increíble. Asi, don Enrique de Aragon, marqués de Villena, puso los cimientos de la poesia dramática, familiarizó á los rudos castellanos con los acentos sublimes del poeta de Mantua, con los doctos consejos del primer orador de Roma, y con los conceptos, alguna vez estravagantes, pero siempre ingeniosos, del ilustre florentino autor de la *Divina comedia*. Don Enrique estimuló y alentó estos estudios, presidiendo los célebres consistorios de la *gaya ciencia* celebrados en Barcelona, cuando pasó allá don Fernando de Aragon á ser jurado conde, y el mismo don Enrique nos dejó en su *Arte de trovar* la descripcion circunstanciada de aquellos brillantes certámenes, en que el ingenio era coronado alternativa ó sucesivamente por la hermosura ó por el poder. Tambien habria alentado los estudios de las varias ciencias que él cultivó, si en medio de las preocupaciones y de la ignorancia de su siglo, no hubiese sido costumbre atribuir á un poder sobrenatural el efecto de las mas sencillas combinaciones de la fisica, mientras que por otra parte los hombres que sabian calcular la marcha de los astros se empeñaban en leer en ellos horóscopos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SAQUEO DE CADIZ POR LOS INGLESES.

«El año de 1596 confiados los españoles, dice un acreditado historiador, en la serenidad de su fortuna, como que gozaban de la paz en lo interior de sus reinos, y orgullosos con sus grandes hazañas, habian llegado al extremo de no temer cosa alguna.» Los ingleses, á la sazón nuestros mayores contrarios, ardian en deseos de venganza y hacia tiempo que meditaban un golpe de mano contra la ciudad de Cádiz: al efecto aprestaron una armada de ciento cincuenta navios que presentándose en aquel puerto, travó un sangriento aunque desigual combate con la pequeña flota que teniamos en aquella bahía. Los pormenores de este lamentable suceso no se hallan difusamente relatados en ninguno de nuestros escritores. Por eso damos hoy cabida en las columnas de nuestro periódico al siguiente documento inédito, escrito por un testigo ocular pocos dias despues del combate que sostuvo en sus calles el pueblo de Cádiz. Dice asi: «El sábado, dia de San Pedro en el año de 1596, llegó á Cádiz un propio del gobernador de Lugo, previniendo que estuviese prevenido, pues aquel dia se habian descubierto mas de sesenta velas que aunque no se habia podido reconocer á qué nacion pertenecian, debia presumirse que fuesen de Inglaterra. El corregidor y demas autoridades de la plaza se reunieron en consejo para acordar el mejor medio de defender la ciudad, y al punto despacharon

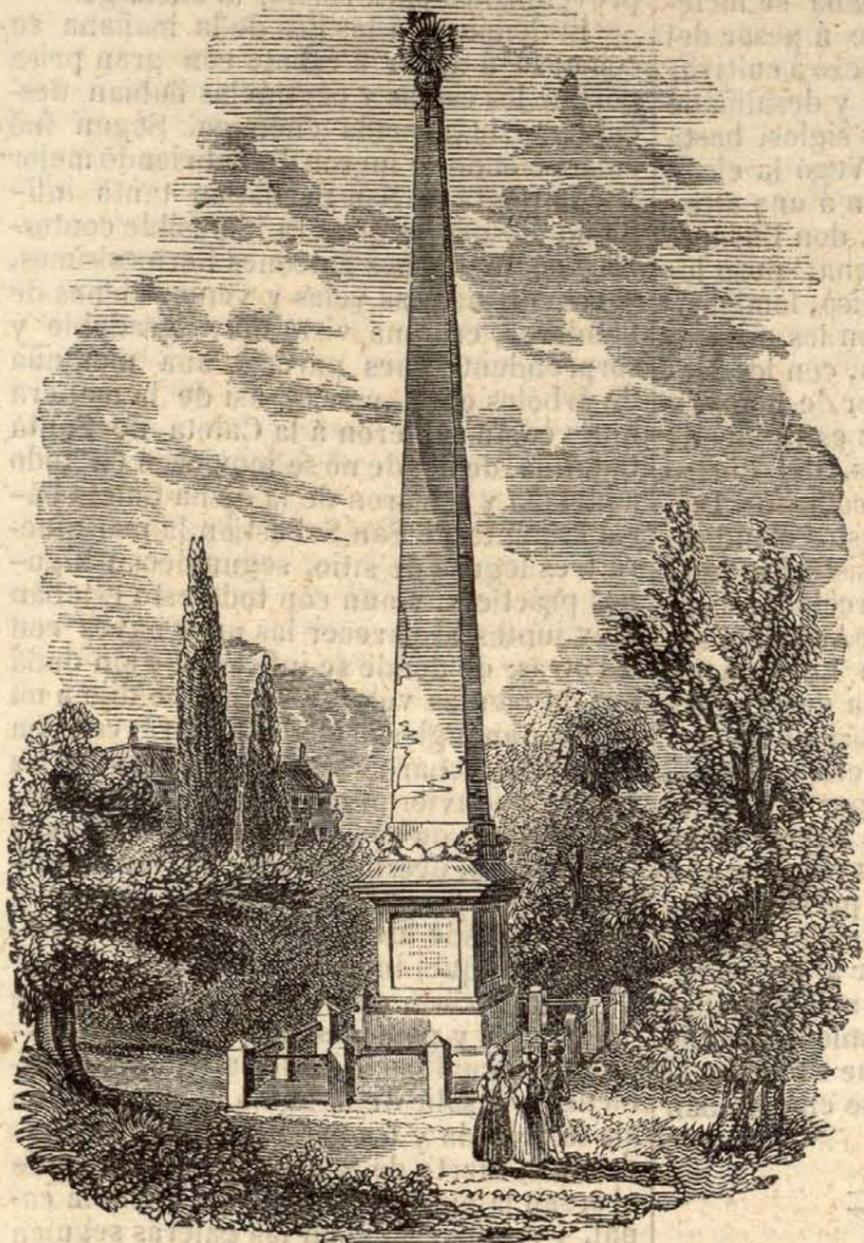
al puerto para que don Juan Portocarrero que estaba por cabo, saliese con las galeras á la bahía y asi lo hizo con diez y ocho galeras á las cuatro de la tarde, hora en que por bando que se habia hechado estaban embarcados todos los soldados que habia en Cádiz: ademas se hicieron otras prevenciones para recibir al enemigo.

El domingo á las dos de la mañana se comenzó á tocar á rebato con gran prisa porque los espías y centinelas habian descubierto la armada enemiga. Segun fué amaneciendo se fueron descubriendo mejor por la punta de San Sebastian tanta infinidad de navios que era imposible contarlos, venian muchos galeones hermosísimos, y como traian las velas y venian llenas de banderas, era una vista muy agradable y sorprendente pues parecia una montaña de árboles en la mar, y asi de la manera que venian subieron á la Caleta de Santa Catalina, de donde no se movieron en todo aquel dia y tomaron de la dicha Caleta bacia la punta de San Sebastian la mar afuera tres leguas de sitio, segun decian algunos prácticos, y aun con todo esto estaban muy juntas al parecer las unas naves con las otras; de donde se infiere que sin duda son doscientas velas, y segun me dijo á mí un capitán inglés como luego diré: este dia á las ocho echaron algunas lanchas con las cuales anduvieron muy despacio fondeando la Caleta dicha, y tomando los altos y honduras al desembarcadero y asi se entendió que querian desembarcar por aquel lado, y desde luego toda la defensa se dirigió por aquel lugar.»

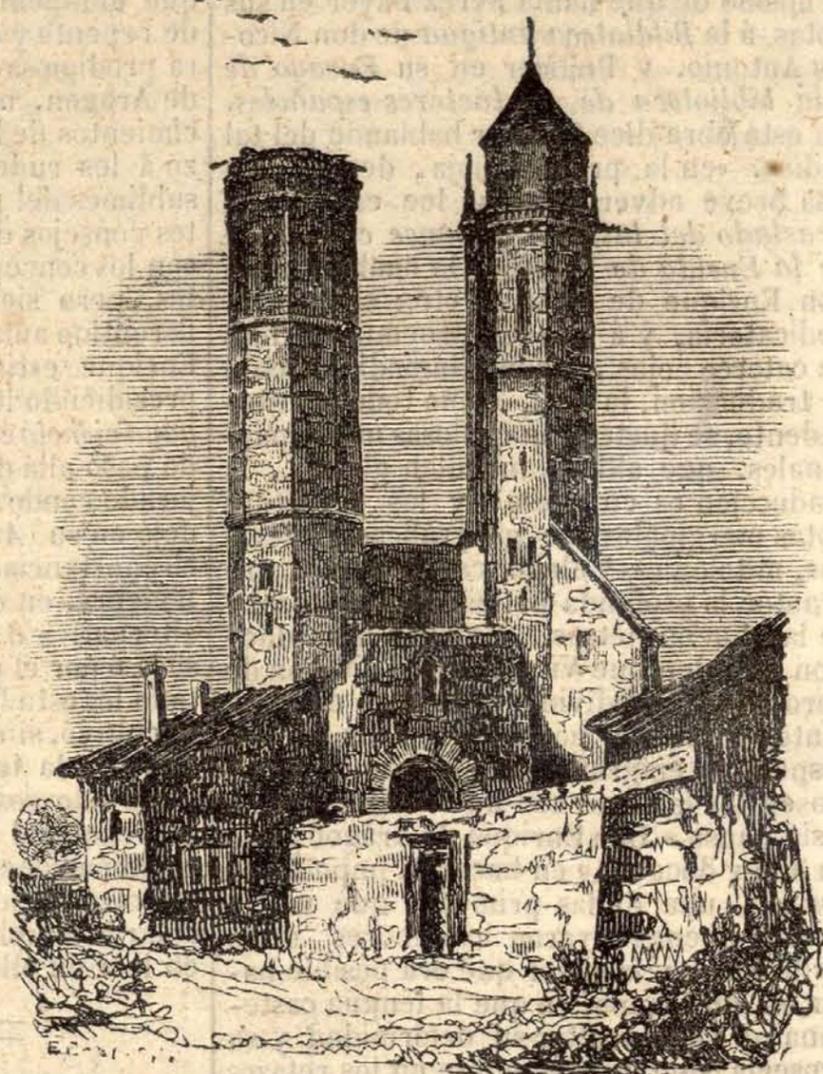
«Embarcóse, pues, toda nuestra gente en galeras y galeones, pero con gran desórden, lo cual hacia temer algun daño: comenzóse á salir de la bahía y se puso en ala la armada y las galeras unas tras otras desde el fuerte de San Felipe atravesando al sesgo la entrada de la bahía hacia la canal, y donde acababan las galeras seguian los galeones. Hizose en la Caleta una trinchera á la misma lengua del agua, con pipas llenas de arena y travadas unas con otras con grandes maderos, y lleváronse seis piezas grandes que fueron colocadas en los puestos mas convenientes. Con esto empezaron á salir á Caleta todas las compañías de tropa que habia en Cádiz y entre ellas salió una que se formó de los frailes de San Francisco, todos armados con sus picas y banderas y luego otra de los frailes Agustinos que iban á Indias y serian hasta sesenta, tambien con picas, chuzos, banderas y estandartes, seguian á estos doce padres de la compañía de Jesus, y todos estos religiosos se presentaron con ademán firme, y sereno rostro y bien demostraron luego en los peligros su mucho valor, pues como fué público mas que todos pelearon sin miedo á las balas ni á la muchedumbre enemiga. Mucha estrañeza causó á todos despues que solo muriesen veinte frailes, pues durante el sangriento choque todos los vieron ora peleando cuerpo á cuerpo con los ingleses ó ya exhortando y deteniendo á los cobardes, mostrándoles los Cristos y otras imágenes sagradas que consigo habian traido por si llegaba el caso de necesitarse de la religion. Formamos, pues, sobre la misma plaza de Santa Catalina hasta San Felipe, casi veinte banderas de varios colores y habia en ellas picaderos, alabarderos y arcabuzeros, componiendo entre todos hasta cinco mil hombres, que con una buena cabeza éramos bastantes quizá para defender la plaza.»

«Serian como las dos de la tarde cuando entró en Cádiz el socorro de la caballería de Jerez, Arcos, Medina Sidonia y

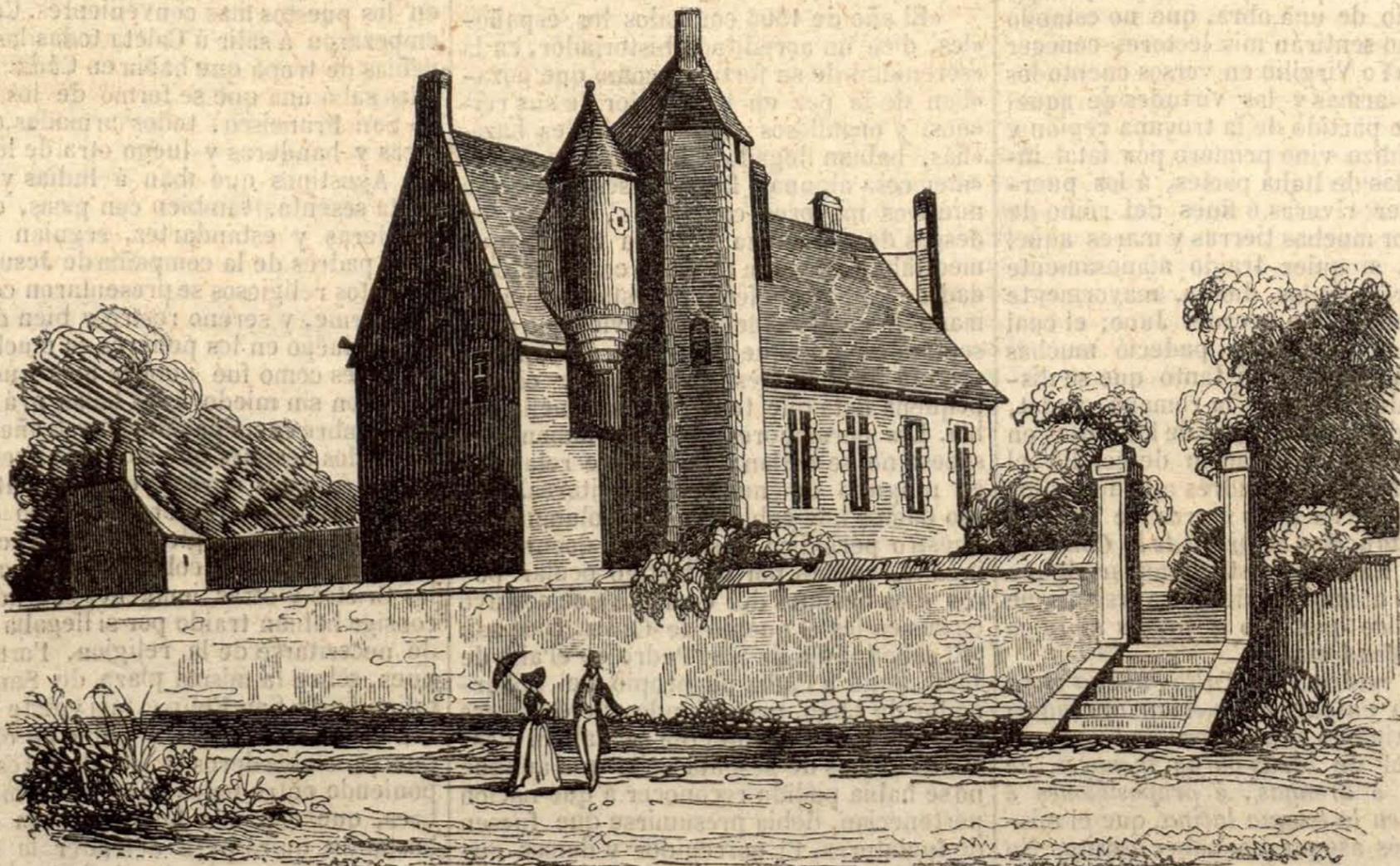
Geografía pintoresca.—Francia.



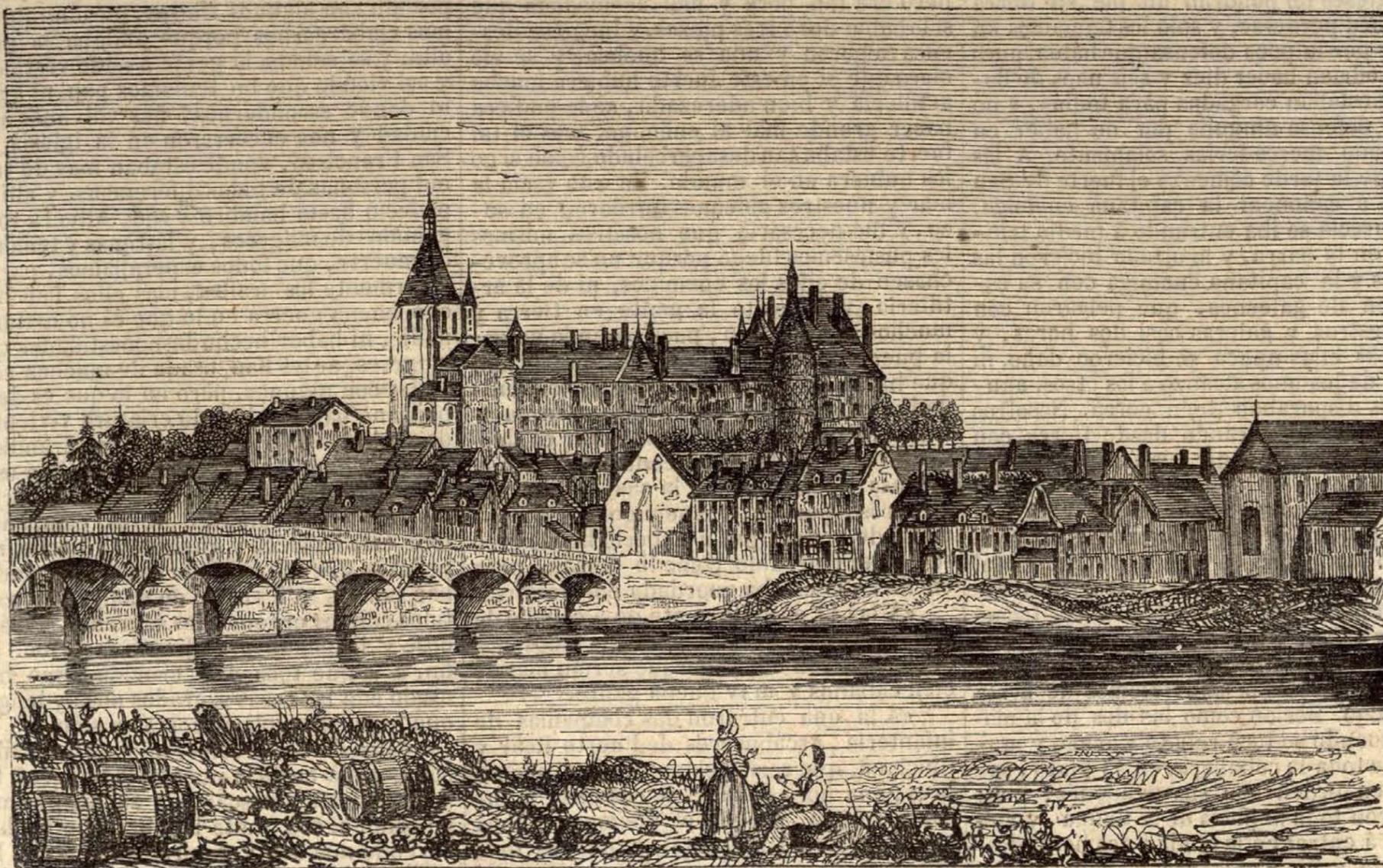
Obelisco de Arlés.



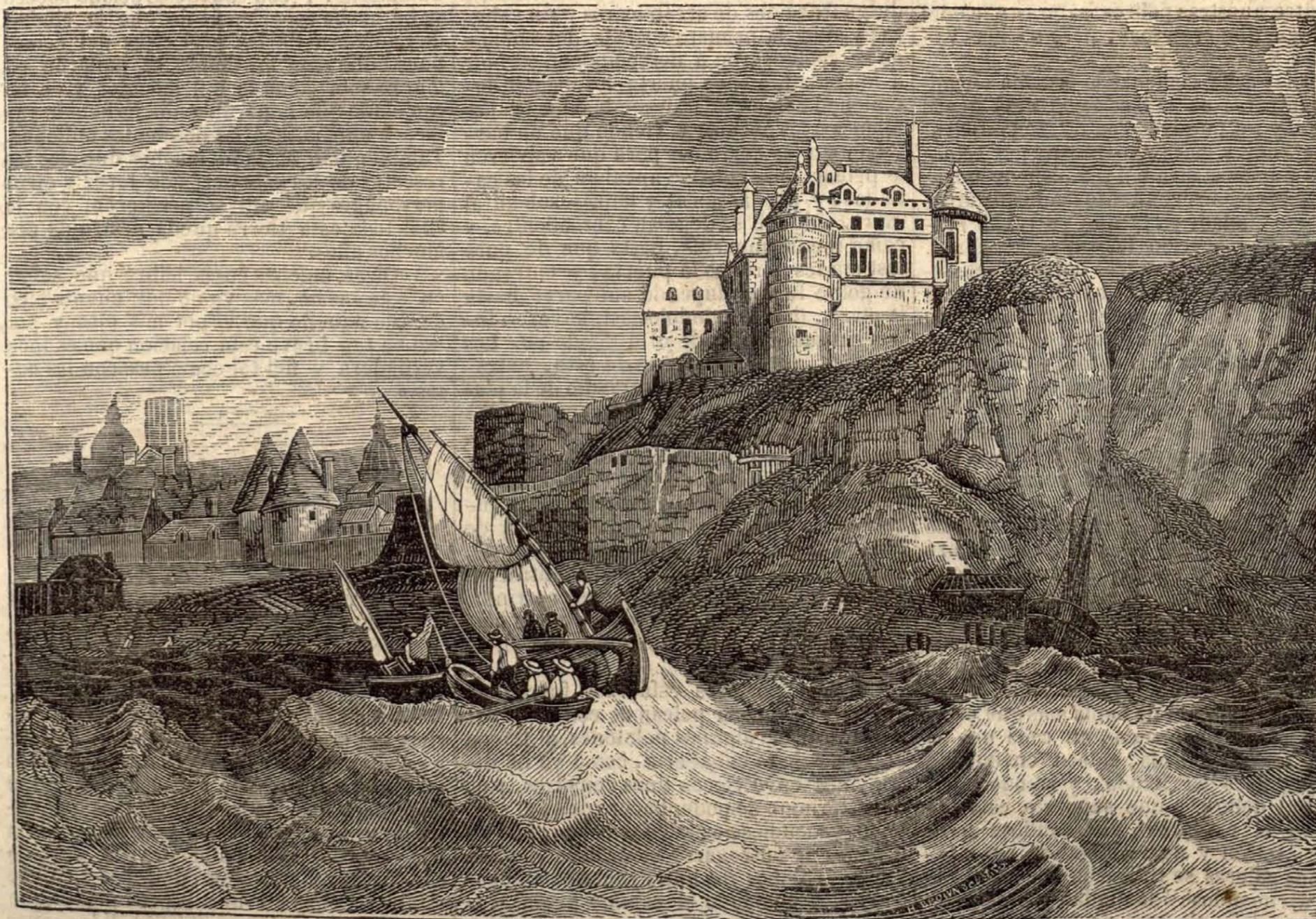
Antigua catedral de Macon.



Castillo de Plesis-les-Tours.



Vista de la ciudad de Gien.



Baños de mar de Dieppe.

otros lugares, con lo cual comenzamos todos á alegrarnos y á asegurarnos de que los ingleses no pondrán un pie en tierra sino para perderse, y solo los temíamos en la mar por la poca defensa que habia, pues poca podrian hacer diez y seis naos de flota que estaban cargadas para Indias, y no tenian defensa ninguna por no haber en ellas sino mercaderias solamente. A las cinco de la tarde comenzó el fuerte de San Felipe á cañonear la capitana enemiga, que parecia se iba entrando á medio trinquete en la barra, y lo mismo hicieron las galeras y la capitana enemiga con su escuadron de galeones, que pelearon con los nuestros y galeras casi dos horas, y en todas ellas nunca se hicieron daño, ni pelota de los unos alcanzó á los otros, aunque se disparaban bien cerca. Nosotros los estábamos mirando desde tierra con gran dolor de no venir á las manos con los enemigos.

«Vino la noche y estuvimos toda ella en los puestos, y ardiéron muchos barriles y hubo luminarias en toda la ciudad, de tal modo que parecia de dia claro. Estúvose toda la noche tocando menestriales y trompetas y cajas, y andaba la gente tan alegre y desenfadada, que se oian canciones y algazara como si estuviésemos de fiesta y regocijo. Serian como las dos de la mañana cuando se tocó rebato y arma, y juntándose toda la caballeria en la plaza, salieron en orden con sus pendones, y asi corrieron toda la plaza de la Caleta, y volvieron á entrar en la ciudad dos horas despues de amanecido tocando chirimias y trompetas; y asi dieron vuelta á la ciudad, cosa que pareció bien y alegró á la gente del pueblo, que á esta hora estaba ya bien triste oyendo el gran ruido y estruendo que pasaba en la batalla de mar que se daba entre nuestras pobres galeras y las del enemigo, que eran mas, pero no mas valientes.

«A las ocho comenzó la armada enemiga á entrar en la barra con muy gentil orden, y los nuestros con no menos pelaban grande y maravillosamente por estorbarlo. Comenzó otra batalla, cañoneándose de las dos partes con tanto ruido que atonaban la ciudad, en la que entraban muchas balas y barrían las calles de gente. Duró esta batalla casi tres horas, y echóseles un galeon á fondo, del cual no se salvó nadie, y ellos nos mataron hasta cien hombres, y nos desgobernaron la mejor galera; llamábase *la Ocasión*, y no la aprovechó mal retirándose con tal presteza, que tuvo tiempo para echar la gente en tierra en el Puntal, y allí salió el marqués de Santa Cruz y otros caballeros que venian en ella, y se salvaron como por milagro.

«A este tiempo, viendo nuestra armada la gran pujanza del enemigo, se comenzó á retirar, con lo que se dió lugar á que toda la suya entrase en la barra, como entró. Esta retirada se ha condenado mucho, aunque los de la armada tienen sus razones, y es que pelear uno contra ciento no es de valientes sino de locos; y que entre diez y ocho galeras no habia mas que otras tantas piezas de crugia, en cada una la suya, teniendo cada galeon enemigo á treinta piezas por banda, y siendo tanta multitud dellos, y que supuesto esto fué cordura el retirarse, guardándose para mejor ocasion y no perdiéndose como locos. Las galeras se retiraron con buen orden, arrimándose á la ciudad y procurando hacer daño, lo cual no hicieron nuestros galeones, porque sin parar se fueron retirando hasta el puntal, donde comen-

zó en su favor á jugar la artilleria del fuerte de San Miguel, que está al puntal, pero era tan poca y mal acomodada que solo habia dos ó tres piezas, y luego se desencavalgaron y una se quebró, y se vió claro que si en este fuerte hubiera mucha artilleria y bien aderezada, se le pudiera hacer grande mal al enemigo, mas el tal fuerte estaba tan desaperebido como si no los hubiera en el mundo. En esto vació la mar y nuestros galeones quedaron en seco, y fué necesario que nosotros mismos les pusiésemos fuego porque no se aprovecharon de ellos los enemigos, ni de la artilleria, y asi saltó la gente en tierra y muchos se ahogaron, pues pasando yo por la puente me dijo un soldado, que de mil que habia en los galeones solo habian quedado cuatrocientos, y los demas eran muertos en la batalla y ahogados al salir en tierra. Esta gente de los galeones se puso á la defensa de la puente, la cual estaba por nosotros, porque el enemigo no la acometió de veras, que á haberlo hecho creo se hubiera perdido como lo demas, pero en fin, ella estaba guardada por nosotros.

«A las 11 entró la gente de á caballo de Begel; venian muy alegres, y todos nos alegramos con ellos, porque serian mas de cien caballos y muy buena gente.

«A la una entraron dos compañías de infanteria, arcabuceros de Puerto Real y Chiclana, que serian como quinientos hombres; una hora despues se comenzó á tocar á rebato, porque el enemigo echaba gente en tierra al Puntal, y juntóse toda la caballeria en la plaza, y desde allí salió con sus pendones á estorbarlo. Habianse traído á este tiempo dos piezas desde la Caleta á la puerta del Muro, las cuales con la turbacion sirvieron tanto como si no se trageran. Los caballos salieron sin orden y desguarnecidos de arcabuceros y sin cabeza; y allí á la primera rociada del enemigo se comenzaron á descomponer y á huir á la ciudad, á cuya puerta los ibamos deteniendo con espadas desnudas que les poniamos á los pechos, y viendo que no bastaba esto las cerramos para que volbiesen á pelear, mas ellos se apeaban de los caballos, y por las picas y lanzas subian al muro, y de allí se dejaban caer adentro, y caian medio muertos, hasta que de pura lástima les abrimos la puerta, y entrando de golpe fueron huyendo sin parar hasta la plaza, donde viéndolos asi, huyeron todos sin saber á dónde ni á dónde no. Los ingleses, aprovechándose de esto, entraron muy en orden hasta en medio de la plaza. Traian cuatro piezas de campaña delante de su escuadron, y todas las primeras hileras de él eran de morriones y coseletes, y gente toda muy bien armada; venian tambien muchos mosqueteros y picqueros, y apoderándose de la plaza y de toda la ciudad antes que se pusiese el sol, siendo las cinco cuando en ella entraron. Solo el fuerte de San Felipe no se rindió hasta otro dia por la mañana, pero lo hizo con partido de las vidas de los que en él estaban.

«Todos nuestros esfuerzos fueron en vano, pues si bien peleamos con denuedo y gran corage algunos pelotones, al fin con el correr de la caballeria, como ya he dicho, nos envolvieron unos con otros, y no hubo término de poder hacer rostro al enemigo. Escondióse cada cual como pudo, y despues de entregarse el castillo de San Felipe, salimos de San Francisco algunos frailes, y tomando el camino pasamos la noche escondidos en unos retamares; otro dia al amanecer vinieron dos galeras á San Sebastian, que se habian quedado fue-

ra de la bahia para recoger alguna gente, y asi se hizo con tres bateles; yo me hallé por allí con algunos frailes, pero no pudimos embarcarnos porque audaba la mar alta, y se echaba la gente á nado vestidos, y asi viendo que no teniamos pan ni agua ni donde escondernos, nos volvimos á la ciudad y nos encerraron en la iglesia de San Francisco, donde estaban mas de tres mil personas de todas diferencias, y allí se padeció hasta hambre y sed. Allí era todo gemidos de mugeres, y lástimas y temores de muerte, que todos esperábamos, particularmente los frailes, mas ellos han hecho buena guerra en lo que es no matar á nadie, ni haber hecho deshonestidades con mugeres, antes han usado de muchas cortesias con algunas, pero en lo que es despojar no han perdonado criatura viviente, desnudándolos á todos, que era grandísima crueldad; y esta sobre todo la han usado con los templos y cosas sagradas, Cristos, imágenes, retablos, libros, campanas, todo está bollado, y quebrado y hecho mil pedazos y arrastrado por los suelos. Andaban por las calles como en mojiganga, vestidos con los ornamentos sagrados, mofándose y haciendo grandísimo escarnio. En fin, á lo que toca á la crueldad que han usado con las cosas sagradas no hay lengua que lo pueda esplicar como ha sido.

«Otro dia, miércoles, salimos los frailes con guarda hasta la puerta: ibamos casi todos desnudos y descalzos y asi nos pusimos en camino, con tanta hambre que se iban cayendo muchos y espiraban sin que los pudiésemos amparar. Era cosa de notable compasion, ver por los caminos y despues en Jerez y en el Puerto tantas señoras y hombres ricos de Cádiz de las casas mas principales y regaladas de España, pidiendo limosna. Y con este desgraciado suceso se ha hecho experiencia de que la ciudad de Cádiz era de las mas ricas del reino, pues hubo casa en donde se hallaron en dinero solo ochenta mil ducados y se ha calculado que la pérdida que ha habido subirá y aun pasará de doscientos millones. Tambien han costado muchos ducados los rescates de los caballeros de Jerez y otros personajes que allí se perdieron, con lo cual toda esta tierra queda destruida por muchos años.

«Otras muchas cosas habrá que saber en este hecho, mas yo no doy cuenta sino de solo aquello que vi por mis ojos y por eso ya tan breve esta relacion que es toda verdadera y fiel tal como pasaron las cosas.»

ESTUDIOS MORALES.

EL LIBRO DE MEMORIAS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR LA SEÑORITA ADRIANA FERRÁN Y FORNIÉS.

I.

Era en invierno. Hacia una de esas noches tan crudas para el pobre, que sin fuego y sin pan muchas veces, no tiene otro recurso contra el frio y el hambre que le inspiran malos pensamientos, mas que entregarse al sueño. Una lluvia de escarcha fria y mordaz cortaba el aire que soplaban con fuerza, y las calles cubiertas de nieve estaban llenas de una espesa niebla que apenas podian atravesar los pálidos rayos de los faroles; y cuando de tarde en tarde en medio de esa noche triste y sin eco, al-

guien cruzaba como una sombra las aceras, que estaban desiertas, era fácil de conocer por la rapidez de sus pasos, los deseos que tenía de llegar pronto bajo la morada más ó menos rica que le sirviese de techo.

Daban las diez en la iglesia de San Eustaquio, cuando un joven que parecía ser víctima de una viva emoción, subía precipitadamente la escalera hasta llegar al cuarto piso de una casa de la calle Montmartre, donde tenía un pequeño cuarto. Sentóse así que entró, ó por mejor decir se dejó caer en un sillón. Su semblante estaba pálido, su mirada fija, y su corazón latía con violencia. ¿De dónde venía, qué había visto, qué había hecho ese joven? ¿Cuál era la causa de su turbación? ¿Había tomado parte en algún crimen como testigo ó como actor? No: sólo había encontrado su fortuna en el camino, habíase bajado para cogerla, y ahora se preguntaba qué debía hacer de ella. Hacía pocos momentos que acababa de encontrar sobre la nieve el libro de memorias que tenía en sus manos, y al entreabrirlo lo había visto lleno de billetes de banco. Ese joven era pobre, y desde aquel instante, quedándose solo con lo que la casualidad le había hecho encontrar, podía ser rico. Tal era la causa de su turbación. Desde que tenía en su poder el libro de memorias, reflexionaba si quedarse pobre y honrado buscando á su dueño, ó si se enriquecería por medio de un robo, de cuya impunidad y secreto estaba seguro.

—¿Qué he de hacer? se preguntaba con una horrorosa perplejidad. Esta pregunta que se hacía sin cesar y que nunca resolvía, le hería como un agudo puñal; por cualquier lado que lo considerara destrozaba su corazón, y las palabras *si* y *no* salían sucesivamente de sus labios, obedeciendo las fluctuaciones de su pensamiento. Esta lucha de la razón que le decía: *vale más que seas pobre y honrado. con tra la pasión que gritaba: ¡sé rico y serás feliz!* Era demasiado fuerte para que pudiese prolongarse mucho tiempo. Una casualidad pareció que iba á terminarla.

En el momento en que un sofisma iba á prevalecer á las últimas objeciones de su conciencia, se le escapó un grito; sus miradas acababan de fijarse en un retrato, cuyos ojos parecían reconvenirle. Ese retrato era el de su padre. Entonces pensó en ese noble anciano á quien había visto morir hacia dos años, en este mismo cuarto, pobre, pero orgulloso de su pobreza porque era sin mancha; y se acordó de sus consejos tan pronto olvidados. Con este recuerdo se enterneció, y algunas lágrimas santas bañaron sus mejillas. Pero esta emoción fué corta; las tentaciones volvieron pronto, y abismado el joven en un mar de dudas y confusiones, echóse vestido sobre su cama, llamando al sueño en su socorro. El sueño no vino, pero las malas pasiones continuaron hablándole en voz baja, con acento el más dulce y penetrante.

Al cabo de una hora se levantó ya tranquilo; su sangre había ya subido del corazón á las mejillas, y respiraba libremente. En la decisión que brillaba en sus ojos se veía fácilmente resuelto el fatal problema.

—No es la casualidad, decía, quien ha puesto esta fortuna en el camino por donde yo debía pasar; yo no creo en la casualidad.... es Dios, que se ha apiadado de mi desesperación.... ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! añadió esforzándose para sonreírse, y se acercó á su *secretaire*, abrió el libro de memorias, apartando la vista á

otro lado para no leer en él un nombre que no quería saber, y despues de haber sacado todo lo que contenía lo arrojó al fuego.

Setenta y cinco billetes de mil francos cada uno, habían salido del libro de memorias, y al día siguiente emprendió su marcha para Italia.

II.

Había trascurrido un mes. En un gabinete de un piso alto de una casa de la calle del Mail, estaban velando dos jóvenes. Triste y humilde era el interior de este cuarto; pero brillaba con esa limpieza que es el lujo de los pobres. A la vacilante luz de una lámpara se veía un joven que bordaba en cañamazo, y á un joven que estaba copiando expedientes. La joven parecía estar abatida y sufrir mucho, pero su vista no se apartaba del bordado, y sus manos ligeras casaban con facilidad los colores en un pedazo de cañamazo, en que había dibujada una escena de Watteau. El joven trabajaba con ardor, pero á pesar de eso su pluma escribía de cuando en cuando con menos ligereza, hasta que una mirada dirigida hácia la que bordaba le hizo emprender su tarea con una vivacidad febril. Ese joven estaba pálido; el trabajo, la reflexión, el insomnio, habían marchitado su frente, hundido sus ojos, y derramado un color mal sano en su semblante, delgado naturalmente. La joven tenía alguna edad menos que él: diez y seis años, rubia, con grandes ojos azules, dulces y melancólicos, bajo unas largas pestañas.

De cuando en cuando dirigía esa joven sus miradas hácia una alcoba cuyas cortinas estaban echadas. De repente una de esas cortinas se levantó un poco, y dejó ver un anciano enfermo y pálido como un cadáver.

—Hija mía, tengo sed, murmuró con una voz que apenas se dejaba oír.

La joven se levantó, dió de beber al enfermo, besóle en la frente, ahuecó su almohada, y volvió á su labor.

Dieron las doce.

—Habeis ya trabajado bastante, Maria, dijo el joven; otro día acabareis este bordado.

—Mañana es preciso que lo entregue, contestó la joven.

—¿Por qué?

Y la joven bajó los ojos sin contestar.

—Ya sabeis que mañana debo cobrar mi sueldo de todo el mes, dijo Eugenio, y por consiguiente tendremos algunos días de desahogo.

—Maria le alargó la mano.

—Qué bueno sois, primo. Habiendo perdido mi padre el empleo que nos daba la subsistencia, y cuyo disgusto le ha causado la enfermedad que apenas le ha dejado la vida, sin vuestro socorro ¿qué hubiera sido de nosotros? ¡Dios mío!

—¡No soy su sobrino, Maria, su hijo adoptivo! ¿No era mi deber el socorreros? ¡Ah! si yo pudiese hacer más de lo que hago.... Pero ve á descansar, Maria, te lo ruego.

La joven procuraba evitar lo que su primo le pedía, y le dijo:

—¿No habeis visto á Jaime, el amigo de vuestro hermano?

—Sí.

—¿Y no ha sabido nada acerca de Victor?

—Nada.

—¿Qué habrá sido de él? ¡Ah! este invierno ha sido fatal. La desgracia que ha reducido á mi padre al estado en que se halla, y la desaparición de Victor datan casi del mismo día. Vuestro hermano es-

taba muy triste la última vez que le vimos.

—Sí; la ambición del siglo le atormentaba. Deseaba los goces costosos de la vida loca de nuestra dorada juventud; prefería el placer al deber.

—¡Pobre Victor!.... ¿si habrá cedido á su desesperación?

—No lo creo. Muchos dicen: *me mataré*; pocos son los que lo hacen. Mas bien habrá ido á buscar su subsistencia fuera de Francia.... Tal vez se haya hecho soldado.

—Señor, sed justo.

—Pero ¡por Dios! prima, retiraos, que es ya tarde; soy yo quien debe velar esta noche.

La joven guardó su bordado, se acercó á la alcoba de su padre que estaba medio dormido, volvió hácia Eugenio, le dió la mano y salió de la habitación.

III.

El piloto había exclamado: ¡tierra! y Victor desembarcaba en Marsella despues de un año de escursiones en Italia. Aquella misma noche marchaba con la diligencia hácia París. Desde que había salido de Génova, su imaginación estaba sumergida en un sueño pesado, que sucedía á la lucha activa de su conciencia contra sus tentaciones. En el momento de entrar en París se despertó. El solo iba en la berlina, y con la cabeza asomada por la portezuela respiraba el aire frío de enero, mirando los monotonos objetos de un camino largo, y sin distraer las reflexiones indecisas que murmuraban en su alrededor.

—¿Cuánto nos falta para llegar á París? dijo una voz que salía del interior.

—Tres leguas, respondieron.

Victor se estremeció, se echó bruscamente á un rincón del coche, y pasó la mano por la frente.

—¡París! ¡ya estamos en París! dijo á sí mismo. Ya estamos en esta ciudad de donde me escapé creyendo huir de los remordimientos. ¿Es un sueño? ¿He visto bien la Italia? ¿He respirado el aire de su hermoso cielo? ¡Ah Dios mío! ni la belleza de la creación, ni el arte que es su hijo sagrado, como dice Dante, han podido curarme. El corazón es, pues, el único espejo que puede reflejarlos. Si; y este espejo está manchado.... ¡Oh! es menester repararla, espiarla. Pero ¿dónde? ¿cómo?.... Yo no había resuelto este terrible problema.... ¿Qué he de hacer?... ¿Qué he de hacer?....

Así, en el corazón de Victor, el arremetimiento se mezclaba con la desesperación. De repente el coche se para; estaban en París. Victor se dirigía á una fonda cuando oyó que le llamaban.

—¡Buenos días, Jaime! exclamó, reconociendo un amigo de sus pasados días de felicidad.

—¡Hace ya un siglo que no te he visto! Se pierde uno tan fácilmente en ese París....

—Llego de viaje.

—Yo también.

—¿De dónde vienes?

—De Orleans ¿y tú?

—De Roma.

—En verdad, dijo Jaime con sorpresa, que es mas poético.... de Italia.... ¿y por qué? ¿y cómo? Quiero saberlo.... yo soy entusiasta por Italia; quiero que me hables de aquel hermoso país: ya no me separo mas de tí, ven conmigo.

—¿Dónde?

—A almorzar. Tengo convidados á unos amigos.

(Se continuará.)

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

UN PERIODICO GRATIS.

Agradecidos á la confianza y favor que hemos merecido del público con solo el anuncio de esta empresa, fundamos el presente periódico para regalarlo á los suscritores capitalistas y á los suscritores de las obras, advirtiendo que lo costearémos de nuestro bolsillo, y no de los fondos de la BIBLIOTECA, porque entónces no sería regalo. En su consecuencia, todos los que actualmente están suscritos, ó en adelante se suscriban á la BIBLIOTECA ESPAÑOLA recibirán gratis y franco el porte en provincia, un ejemplar de cada número del *Album pintoresco* mientras que no dejen la suscripción. Esta es nominal, y por tanto, el tomar las obras de dos ó más secciones, no dá derecho á mas de un ejemplar del periódico. Únicamente los que sean suscritores capitalistas y á las obras á la vez, tienen derecho á dos ejemplares, uno por cada concepto; estos ejemplares pueden recibirlos por sí mismos ó ceder alguno á la persona que gusten, avisándole al establecimiento para que se les envíe directamente.

El *Album pintoresco* se publicará todos los domingos desde el 4 de abril, enviándose á provincia por el correo del mismo día. Cada número constará de 24 columnas de impresion, en igual forma que el presente, papel superior satinado, y grabados de distintas clases. Las materias que tratará, serán las adecuadas á las publicaciones de esta especie, cuyo principal objeto es instruir deleitando. El *Album pintoresco* no sale á luz con pretensiones de ningún género; nos basta solo con que sirva de prueba de nuestro deseo de agradar á los que nos favorecen. Los números de un año formarán un tomo, para cuya encuadernacion daremos índices, portadas y una linda cubierta. El derecho para recibir el *Album*, se adquiere desde el mismo día en que empieza á contarse la suscripción de la BIBLIOTECA. A este periódico no se admiten suscripciones por ningún dinero, ni se venden los números ni se dan á nadie mas que á los que deban recibirlo gratis.

En la última página del *Album* se insertarán los anuncios que puedan interesar á los suscritores de ambas clases; así pues recomendamos su lectura lo mismo á éstos que á los corresponsales de provincia, porque de este modo, se evitarán muchas dudas y reclamaciones, y sobre todo se ahorrará tiempo y gasto de correspondencia.

Desde que anunciamos la BIBLIOTECA ESPAÑOLA teníamos el proyecto de publicar este periódico en la forma que hoy lo hacemos si el resultado era favorable; pero no quisimos anunciarlo, porque el ofrecimiento de él hubiera parecido un estímulo para atraer suscritores, y nosotros queríamos ofrecerlo como recompensa de la confianza y no como aliciente. No será esta la última sorpresa que recibirán los suscritores.

La precipitacion con que ha sido preciso hacer este número, y lo muchísimo que nos ocupa el planteamiento de una empresa tan vasta, es causa de que no salga el *Album* desde luego tan bien como quisiéramos y como saldrá sin duda dentro de poco, cuando nos hayamos provisto de todos los medios de realizar por completo nuestro plan.

A los que para combatirnos han dicho que la BIBLIOTECA ESPAÑOLA no ofrece ventajas sobre las demas que existen, contestamos con el regalo ofrecido, con el periódico y con nuestras entregas que se van á repartir. Si alguien quiere hacer comparaciones nosotros les daremos los datos. El que se suscriba, por ejemplo, á una seccion y pague 52 rs., que es el importe de un año, recibe 52 entregas que son otros tantos tomos en 8.º con una cuarta parte mas de lectura que las que han dado hasta ahora las otras Bibliotecas; un ejemplar del *Diccionario de la lengua española* que equivaldrá en volumen y lectura á 20 entregas comunes, y 52 números del *Album* que son otras tantas entregas tambien: total 124 entregas ó tomos por cincuenta y dos reales.

Que presenten iguales datos las demas empresas en lugar de criticarnos en profecía ó de acudir al gran expediente de rebajar un real en una obra. ¡Y esto dicen que es un desengaño para nosotros!.. Esperemos que pase un poco de tiempo y veremos quien son los desengañados.

AVISO IMPORTANTE.

Cediendo á las repetidas instancias que se nos han hecho por todos los corresponsales, se prorroga el plazo para admitir suscripciones con opcion al regalo, hasta el 30 de abril, advirtiendo que por ningún pretexto se alargará este plazo ni un solo día mas. El regalo consiste, como ya se anunció, en un ejemplar encuadernado á la rústica del compendio

del *Diccionario Nacional de la lengua española*, por Dominguez, obra que nadie puede dar porque somos nosotros los únicos propietarios de la que le sirve de matriz, útil para todo el mundo y cuyo volumen no bajará de 1,200 á 1,600 columnas de impresion muy compacta, en buen papel y caracteres nuevos. Para tener derecho al regalo es preciso adelantar el importe de 40 entregas á lo menos.

A LOS SUSCRITORES CAPITALISTAS.

Aunque para conformarnos con las disposiciones del Código de Comercio, las libranzas que se han dado en equivalencia al capital impuesto están á fecha fija, en virtud del artículo 6.º del proyecto, los suscritores pueden cobrarlas cuando quieran; á cuyo fin se les previene que la caja del establecimiento está abierta todos los días no festivos desde las once á las tres de la tarde. Los suscritores capitalistas de provincia que residan en puntos donde haya comisionados de la empresa, y quieran realizar sus libranzas sin descuento, pueden hacerlo dirigiéndolas en carta franca á la oficina central, quien hecha la confrontacion, enviará á correo seguido la orden para el abono. Esto se entiende sin menoscabo del derecho que tiene cada suscriptor para endosar sus libranzas á quien le acomode. Ninguna de las libranzas expedidas excede de la cantidad de 2,000 rs.; á los que se han suscrito por mas que esta suma se les han dado tantas cuantias han sido necesarias para cubrir la cantidad suscrita; el objeto que nos hemos propuesto es facilitar la realizacion de una parte del capital si no conviene del todo, sin necesidad de perder los intereses. Puede haber un suscriptor por diez mil reales que quiera disponer de dos ó cuatro antes de la época del vencimiento, y de esta manera los realiza sin privarse del beneficio en el resto.

A LOS SUSCRITORES DE OBRAS.

1.ª SECCION. Conforme á lo ofrecido, el 6 del corriente se repartirá la primera entrega de la *Historia de Cien años* por César Cantú, traducida directamente del italiano con notas y un prólogo, por don Salvador Constanzo. Cada entrega constará de 40 páginas en 4.º mayor y en dos columnas, edicion muy esmerada con caracteres nuevos. Las entregas se dan encuadernadas con una cubierta.

2.ª SECCION. El día 8 se repartirá la 1.ª entrega del *Diccionario Universal Francés-Español* y vice-versa, por Dominguez. Agotada la primera edicion de esta obra, hace muchísimo tiempo, la que ofrecemos hoy está considerablemente mejorada. Cada entrega constará de 64 columnas en 4.º, edicion muy compacta con caracteres nuevos. Las entregas se dan con su correspondiente cubierta.

3.ª SECCION. La primera entrega de la *Casa Blanca*, novela por Paul de Kock, se repartirá el día 10 del corriente. Costará de cinco entregas toda la obra, de á 64 columnas de impresion cada una, con 37 grabados.

VIAGE PINTORESCO

EN LAS

CINCO PARTES DEL MUNDO.

Está en prensa el prospecto de esta interesante obra, que tendrá mas de 800 grabados de vistas, monumentos, trages, usos y costumbres de todos los paises del globo. Tambien estamos preparando y se anunciará muy pronto la publicacion de una

HISTORIA DEL PARTIDO CARLISTA

Y DE LA

ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

Con retratos, mapas y documentos inéditos del mayor interés.